

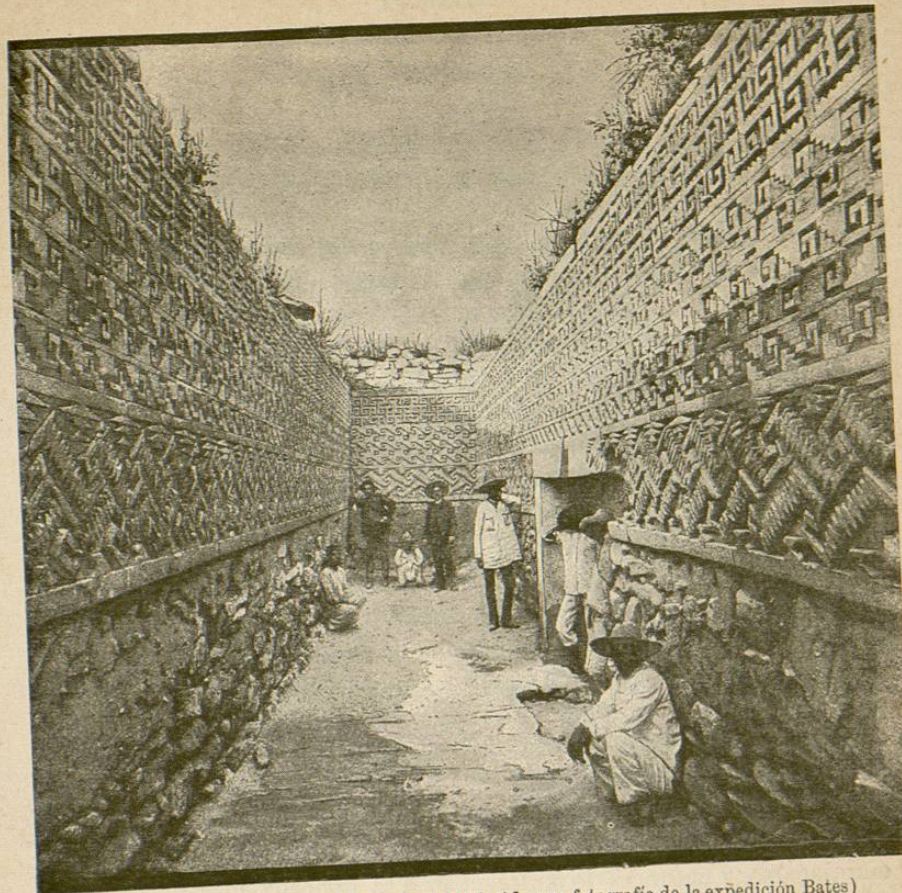
Las riquezas encontradas no correspondieron á las esperanzas que se abrigaban. Gran parte de los tesoros habían sido ocultados por los aztecas, y otros, según datos, arrojados al lago algunos días antes de la rendición de la ciudad. La parte de botín que correspondió á los soldados fué tan insignificante que algunos desdeñaron aceptarla y culparon á Cortés de haberse apropiado arbitrariamente gran parte de él.

Poco después de hallarse limpia la ciudad comenzó Cortés su reconstrucción. Desechado el proyecto de trasladar la residencia á Tezcoco ó á otra ciudad vecina, aprovechó el material existente para erigir en lugar de la antigua Tenochtitlán la nueva México, aún más magnífica. El teocalli dedicado á Huitzilopochtli, *Dios de la guerra*, fué echado abajo y sustituido por una iglesia consagrada á San Francisco, en cuyo lugar se construyó la catedral actual el año de 1573. La mayoría de los canales fueron cegados, las calles ensanchadas, y se erigió un fuerte para seguridad de la ciudad. Con la tranquilidad del país volvieron poco á poco los emigrados; así es que algunos años después de la conquista tenía ya la ciudad de México una población de 30,000 familias indígenas. Cuando comenzaron á regularizarse los asuntos, muchos españoles emigraron allí, y esto hizo que la ciudad que por tan terribles pruebas había pasado fuese floreciendo de nuevo. Un grabado de la época da una vista de la ciudad poco después de su reconstrucción



Figura azteca de piedra, existente en el Museo de Instrucción Pública de Leipzig.

por los españoles. En el centro de ella se ve el gran mercado, de cuyas inmediaciones ha desaparecido ya el gran teocalli. Aún está unida al continente por medio de diques la antigua residencia del soberano de los aztecas, mostrando su primitiva condición de isla, que debía desaparecer más tarde al secarse parte del lago de Tezcoco; mas no es ya aquella orgullosa ciudad de México de la cual podía afirmar con razón un viajero que hubiese viajado por luengas tierras, que ninguna ciudad de Europa podía compararse con ella en hermosura y riqueza.



Aposento interior del derruido palacio de Mitla (de una fotografía de la expedición Bates)

ÚLTIMAS HAZAÑAS DE CORTÉS Y SU MUERTE

Con suma rapidez cundió por todo México la noticia de la destrucción de la ciudad de Tenochtitlán, y de todas las partes del país acudían emisarios con el encargo de cerciorarse por sus propios ojos de la veracidad de semejante noticia, que parecía increíble.

Entre los enviados había también algunos del cacique de Michoacán, cuya comarca estaba situada al Noroeste de Anahuac. Por ellos tuvo Cortés noticia de un dilatado mar que confinaba con su país hacia Poniente, y por extremo exaltado con semejante revelación, envió á algunos españoles con objeto de que penetrasen en aquel mar y tomasen posesión de él en nombre del rey de España. Partiendo en dos grupos, y por distinto

camino, llegaron ambos al mar del Sur: uno al que fué más tarde puerto de Zacatula, y el otro á la costa de Tehuantepec.

Volvieron estos emisarios, y poco después mandó Cortés algunas huestes, capitaneadas por Sandoval y Alvarado, que consiguieron en poco tiempo someter todas las comarcas situadas al Oeste y Sur de la alta llanura de Anahuac hasta el mar.

Mayores fueron las dificultades para vencer á los guerreros zapotecas, que en unión de los mixtecas, con los que les unían lazos de parentesco, habitaban un gran país abrupto al Sudeste de Anahuac. Fuertes y bien formados, valientes y feroces en el combate, habían dado ya mucho que hacer á los aztecas y jugaban un papel importantísimo entre las diferentes tribus de México. Se distinguían por una antigua y especialísima cultura. Su forma de gobierno tenía la particularidad de que al lado del rey había un sumo sacerdote, al que daban el nombre de *Wiyatao*, ó sea *aquel que todo lo ve*, que reinaba en unión del monarca y tenía grandísima influencia en todos los asuntos del Estado. Era más honrado que el mismo rey, el cual le temía y respetaba, y, al igual que sus súbditos, sólo podía presentarse ante él descalzo, envuelto en groseras vestiduras y con los ojos bajos. Decían que ninguna persona de su pueblo podía mirar su rostro sin caer inmediatamente muerto. Todos los asuntos se resolvían con arreglo á sus palabras, que eran consideradas como oráculos, y que salían entrecortadas de sus labios durante sus extáticos arrobamientos. Era mirado como único intermediario entre Dios y los hombres, la fuente de todas las gracias y bienandanzas; era un *dalai-lama* indio ó pontífice. Obligado á hacer voto de castidad, estábale permitido una sola vez al año embriagarse, y entonces le entregaban á la doncella más hermosa del país. Si nacían hijos de estas uniones, recaía más tarde en el mayor la dignidad de gran sacerdote, mientras que los otros tenían que contentarse con puestos secundarios. Mientras que el rey tenía su residencia en Zaachilla-Yoho (Teotzpotlán, en lengua azteca), la del Wiyatao estaba situada en Micla, la actual Mitla del valle de Oaxaca; y las bien conservadas é interesantísimas ruinas del antiguo palacio de estos sacerdotes indios constituyen el punto de reunión de todos los investigadores científicos que visitan á México. La ornamentación interior del palacio y del templo contiguo es sumamente rica, y denota mucho gusto. Todos los muros están estucados y pintados en parte de un color rojo cuyo tono recuerda al de Pompeya.

Los aposentos son, por regla general, largos y estrechos, y su ornamentación, como ya hemos dicho, sumamente rica, realzada por pequeñas piedras labradas con regularidad y formando caprichosos dibujos, tales como líneas meándricas, encasillados y adornos de palitos. Estas ruinas,

que se conservan muy bien en su mayoría, presentan con sus hermosas fachadas un aspecto sumamente pintoresco y recuerdan los monumentos conmemorativos de los antiguos griegos y romanos.

También en otras artes habían hecho grandes progresos los zapotecas. Dedicábanse con preferencia á la cerámica, y sabían hacer muy fieles retratos, figuras de dioses y otros objetos. Por más que al principio se resistiesen vivamente los zapotecas á reconocer la soberanía española, pronto tuvieron que someterse á ella, lo mismo que sus vecinos los habitantes de los distritos de Tutepec y Tehuantepec y los de la comarca de Panuco, que lindaba con el golfo de México; de este modo pudo considerarse Cortés dueño de todos los territorios del centro de México. La recompensa que obtuvo por estos éxitos fué la deseada confirmación de los cargos de gobernador superior y juez supremo de Nueva España, otorgada por decreto firmado por el emperador Carlos V en Valladolid el 15 de octubre del año de 1522. Con esto había vencido brillantemente á sus numerosos adversarios, que tanto



Cabeza de un sacerdote zapoteca, copiada por R. Cronau de una escultura existente en el Museo Nacional de México

tiempo habían tratado de impedir tal confirmación. El gobernador Velázquez, al ver tan terriblemente defraudadas sus esperanzas, tomó tan á pecho el triunfo de Cortés que cayó presa de una melancolía profunda, muriendo pocos meses después de expedido el dicho decreto.

A partir de aquel instante consagró Cortés todo su interés á la colonización del país, exigiendo severamente á los colonizadores españoles la plantación de valiosos vegetales.

Además de algunas especies de granos europeos, fué importada la caña de azúcar, que en unión del añil, el algodón y la cochinilla constituía un

valiosísimo artículo de comercio. También se plantaron extensos viñedos, pero principalmente se dedicaron á la explotación de las ricas minas de oro y plata, que juntamente con los bancos de perlas dieron á España inagotables riquezas.

Tanto el terreno como sus habitantes fueron repartidos entre los conquistadores, lo mismo que las otras colonias españolas, teniendo que sufrir los indios una penosa servidumbre. Con ardiente afán fué emprendida por frailes llamados de México la tarea de convertir al cristianismo á los indígenas; los templos paganos, en los que tanta sangre se había derramado, fueron demolidos y reemplazados por templos cristianos. Pero aunque se procediese con bastante violencia á esta conversión, destruyendo inútilmente muchas esculturas y ejemplares de escritura y de figuras, poco á poco fueron los indios convirtiéndose á la nueva religión, mucho más por haber sabido los frailes amalgamar, con gran habilidad, algunas reminiscencias paganas con las prácticas evangélicas. También se hicieron algunas concesiones, como por ejemplo permitir algunos bailes y usos paganos hasta en el interior de la iglesia en ciertas festividades, costumbres que aún se observan en la actualidad en México.

Pero los lentos trabajos de colonización no podían satisfacer por mucho tiempo al espíritu ávido de hazañas de un Cortés, pues su antigua inclinación á hacer descubrimientos y conquistas estaba siempre viva en su mente, y fué de nuevo excitada al llegar de España por la noticia del viaje de Magallanes alrededor del mundo. Este intrépido navegante había conseguido, por medio de una atrevida travesía, circundar las partes meridionales del Nuevo Mundo y penetrar hasta las islas de la Especiería. A causa de esto, al mismo tiempo que estaba resuelto el gran problema náutico del siglo, de si era posible llegar á la India por la parte de Occidente, también se había demostrado que la travesía á la India, pasando por el extremo meridional del Nuevo Mundo, era empresa sumamente peligrosa y larga, y que si se pudiera conseguir encontrar un camino recto á la India entre México y el estrecho de Darién, este descubrimiento reportaría inmensos beneficios á España. Todo el pensamiento de Cortés concentróse en hallar un paso que enlazara las aguas del Océano Atlántico con las del mar del Sur, y á este objeto preparó una serie de costosas expediciones que, unas por mar y otras por tierra, se dedicasen á resolver este importante problema.

La primera de estas expediciones debía de partir del puerto de Zacatula, situado en la costa del país de Michoacán; pero un incendio que tuvo lugar en el astillero destruyó los barcos que se habían construído antes de ser botados. Sin desanimarse por este incidente envió Cortés á sus dos capitanes Olid y Alvarado para proseguir los reconocimientos y

ensanchar al propio tiempo más hacia el Sur el reino de Nueva España. Mientras el segundo hacia fines del año de 1523 se internaba por tierra, abandonó el primero, en enero del año de 1524, con cuatro barcos el puerto de Veracruz para dirigirse por mar á Honduras.

Ambas expediciones revisten demasiada importancia para que no nos ocupemos minuciosamente en ellas.

Alvarado, que partió de México en compañía de 300 soldados de infantería española, 135 de caballería y 20,000 guerreros indios, llevaba el encargo de conquistar la provincia de Quauhtemallán, hoy Guatemala, cuyos habitantes habían siempre rechazado toda proposición de hacerse vasallos del emperador Carlos V. Sin grandes pérdidas penetró Alvarado hasta Tehuantepec, cuyos caciques se habían sometido voluntariamente á los españoles. Sólo después de haber atravesado la comarca de Soconusco encontraron resistencia, teniendo que librar en las gargantas y estrechos pasos de la sierra, que tenía muchos volcanes en erupción sangrientos combates con los habitantes de Quauhtemallán, defendidos por gruesas y largas corazas de algodón. La batalla más encarnizada fué la de Xulahun, la actual Quetzaltenango, donde el soberano de Quauhtemallán, llamado Tecum-Umam, á la cabeza de un inmenso ejército, salió al encuentro de los

españoles, retando personalmente á Alvarado para que se batiese con él. Después del tercer ataque cayó al suelo atravesado por la lanza del esforzado capitán, expirando á los pocos momentos. Esto decidió la victoria de los españoles, pues el camino á la ciudad estaba franco. Chinanivalut, hijo y sucesor del rey, invitó á los europeos á visitar su residencia, llamada Utatlán, situada en las inmediaciones de la actual Santa Cruz de Quiché, que podía competir por la magnificencia de sus palacios con Tenochtitlán. Toda la ciudad estaba rodeada de barrancos y sólo dos estrechos pa-



Retrato zapoteca

dibujado por Rodolfo Cronau, según original existente en el Museo Nacional de México

esos, que podían defenderse fácilmente, daban acceso á ella. En el centro estaba emplazado el palacio real, teniendo á su alrededor las casas de los nobles principales; las de los burgueses estaban más separadas. Si hemos de dar crédito al informe de los españoles, contaba la ciudad con tan gran número de habitantes, que sólo de ella había podido sacar el rey 72,000 combatientes para luchar contra los españoles. El palacio del rey tenía 728 pies de largo por 376 de ancho, estaba construído de piedra labrada y dividido en seis departamentos: el primero, destinado al cuerpo de guardia del monarca; el segundo á sus hijos y parientes; el tercero lo habitaba el soberano y tenía diversos aposentos, pues pasaba en unos la mañana, en otros el mediodía, en otros las tardes y en otros la noche. En dicho tercer departamento estaba el salón del trono, en el que se veía un rico dósel de pluma; y además la tesorería, la armería, las salas de justicia, y una extensa casa de fieras encerradas en grandes y fuertes jaulas. Los departamentos cuarto y quinto eran las habitaciones que ocupaban la reina y las concubinas del rey, y las cuales estaban circuídas por grandes jardines y por lujosos baños; el sexto lo habitaban las princesas reales.

Además de otros magníficos palacios había en Utlán un colegio, en el que recibían instrucción de cinco á seis mil niños por cuenta del Estado (1).

Alvarado, aceptando la invitación del monarca, trasladóse á Utlán; pero no tardó en descubrir que semejante fineza no había sido leal, pues se le hizo la confianza de que los quichúas trataban de llevar á los españoles á su capital para, durante la noche, prender fuego á sus alojamientos y hacerles perecer achicharrados, pasando á cuchillo á los que intentasen huir.

Hiciéronse, en vista de tal aviso, algunos reconocimientos, de los que resultó que en todas las casas había grandes depósitos de leña y otros combustibles, y entonces Alvarado, con el pretexto de que sus caballos no podían albergarse convenientemente en la ciudad, salió de ella y estableció su campamento en unas alturas inmediatas. Al rey, que le había acompañado hasta allí con fingida complacencia, le hizo prisionero y tras breve juicio le condenó á ser ahorcado, concediéndole antes la gracia de ser bautizado (2).

En los reñidos combates que siguieron á este suceso triunfaron los españoles; Utlán fué tomada y destruídos los palacios y el castillo, sometiéndose todo el país.

(1) *Incidents of Travels in Central America, Chiapas and Yucatán*, de Stephens.

(2) *Las Casas: Brevisima relación de la provincia y reino de Guatemala*, Sevilla, 1552.

Desde allí prosiguieron su camino hasta Patinamit, situada donde hoy está la ciudad antigua de Guatemala, que era la capital de los kakchiquelos, cuyo rey, Sinacam, se sometió voluntariamente á los extranjeros, ahorrando con esto á su país los horrores de una guerra.

Menos pacífico fué el cacique de Amatitlán, que había establecido su residencia sobre un fuerte castillo en medio del lago de Atitlán, á mil metros sobre el nivel del mar. Fué vencido también en un glorioso combate, lo mismo que los habitantes de las llanuras bajas de Itzuintlán ó Izeuintepek y Acayutla. Prosiguieron los españoles su marcha hasta el reino de Cuscatlán, conquistaron la ciudad del mismo nombre, y sobre sus ruinas fundaron la actual San Salvador.

Con esto había conseguido Alvarado la sumisión completa de un grande y poblado territorio. El, lo mismo que sus sucesores, mantuvo el orden entre los indígenas por medio de un gobierno de fuerza: la más pequeña rebelión era sofocada duramente, y esta violencia condujo al país á un grado de decadencia del que aún no ha salido.

Tan brillante como había sido el éxito de la expedición capitaneada por Alvarado, fué desastroso el resultado de la que iba á las órdenes de Cristóbal de Olid.

Perfectamente pertrechada, se hizo á la vela desde el puerto de Veracruz el 11 de enero del año de 1524, con el encargo de conquistar no sólo los países de Honduras é Higueras, sino de buscar también un paso al mar del Sur que acortase el camino para el tráfico de especias. En la Habana, donde se detuvo la escuadra para proveerse de víveres y caballos, parece que celebró Olid algunas entrevistas con Velázquez, siendo inducido por



Urna zapoteca representando al dios Ocelotl

dibujada por Rodolfo Cronau según el original, existente en el Museo Nacional de México